

No fue el fuego, es el odio

Por Gisela Manzoni

Doctora en Historia y especialista en ESI, docente e investigadora del Centro Interdisciplinario de Investigaciones en Género de la FaHCE, UNLP.

En la noche del 5 de mayo, un hombre decidió que podía acabar con la vida de un grupo de lesbianas que eran sus vecinas. Decidió mezclar combustibles en una botella y arrojarlo en la habitación donde dormían para quemarlas vivas. Suena fuerte, cruel, despiadado y horrendo, pero es lo que sucedió.

Tan fuerte como eso es el hecho de saber que este hombre había insultado y amenazado a estas cuatro lesbianas en repetidas ocasiones y aunque muchxs lo sabían, nadie hizo nada, nadie dijo nada. En 2011, la activista lesbiana Fabi Tron publicó un libro que contiene las crónicas del juicio a Pepa Gaitán, fusilada por lesbiana un año antes. Aunque el nombre del autor material del crimen se supo inmediatamente, en su libro, Tron se preguntaba retóricamente ¿Quiénes mataron a Pepa Gaitán? De este modo, abría una interpelación que ponía en evidencia que había una sociedad cómplice de esos crímenes. Así, aunque ya conocemos al autor material de estos lesbicidios, volvemos a preguntarnos, en plural, ¿Quiénes mataron a Pamela, Roxana y Andrea?

Las tres lesbianas que murieron producto de este ataque de odio eran pobres y Sofía, que hoy se recupera –si es que eso es posible–, seguirá siendo pobre. Los avances en derechos de los últimos años, el matrimonio igualitario, la ley de identidad de género y el cupo trans no alcanzan para combatir el odio ni la desigualdad a las que son condenadas las personas que deciden fugarse del sistema cis-hetero-sexual. Sí, fugarse, como de una prisión. No es exagerado: asumirse lesbiana, ser una chonga, y más si sos morocha y pobre, no estar al servicio de los varones, de su deseo, de la reproducción ni de su dominación, sigue teniendo enorme costos. Esos costos incluyen que tu familia no te quiera ver, que conseguir laburo sea más difícil o que sólo tengas reservados los puestos peor pagos, que tus vecinos te miren con asco. Desertar de la feminidad sigue saliendo muy caro, quizás convenga decirlo con las palabras que usó Lohana Berkins para que, al menos, haya palabras poéticas: en mundo de gusanos capitalistas hay que tener coraje para ser mariposa.

Lo que pasó en Barracas no es un caso aislado. Los ataques por odio son cotidianos para quienes estamos por fuera de los parámetros binarios y heterosexuales, especialmente si no sos una lesbiana, una marica, una persona trans o no binaria “linda”, “exitosa” y “agradable”. Es estar constantemente expuesta a la burla, a la mirada punitivista de la normalidad, a los insultos, a las violaciones

correctivas, a los golpes, a la muerte en manos de los que se atreven a hacer fuego, al silencio de quienes prefieren mirar para otro lado y, finalmente, al olvido de una sociedad muy selectiva para la indiferencia. Nuestros cuerpos, nuestros deseos y nuestras expresiones han sido históricamente acallados, penalizados y encerrados. Nos quieren invisibles, no en las calles y menos en las escuelas. ¿Y qué pasa si se nos ocurre defendernos, si osamos levantar la voz o el puño ante tanta agresión? Además de monstruosos, seremos peligrosas y violentas, acusadas por no dejar que hagan con nosotras lo que les plazca. El proceso penal que enfrentó Higua tras defenderse de un ataque entre 2016 y 2022 o el que enfrenta Pierina hoy por preguntar en una pared ¿Dónde está Tehuel?, sintetizan todo ello; aunque, lamentablemente tampoco es excepcional.

Este odio, que no es nuevo pero sí muy vigente está siendo potenciado por discursos que, desde los más altos mandos del poder político, avalan y potencian la discriminación y la violencia por razones de género y orientación sexual. Lo hacen cuando, además de repetir pestilentes frases, cierran instituciones abocadas a la educación y la prevención contra la discriminación, cuando desfinancian al sistema científico y educativo y cuestionan especialmente a quienes realizan su trabajo con perspectiva de género. Lo hacen cuando persiguen a los movimientos sociales y nos quieren hacer creer que protestar es un delito. Lo hacen cuando niegan la existencia misma de la violencia de género en cualquiera de las formas que adopta, sea un femicidio, un travesticidio, un lesbicidio...

Este 3 de junio, recordamos a Lucía Ríos Müller, estudiante del Liceo y víctima de un femicidio en 2016. Decimos: más y mejor educación sexual integral en las escuelas, en las instituciones formadoras y en las universidades. No es posible naturalizar tres lesbicidios, una masacre. Es increíble que sus muertes no sean repudiadas, que no estén en boca de todas las personas. No es posible que los medios sigan sin repudiar sus muertes. La vida de las lesbianas importa.

¡Basta de femicidios, lesbicidios, travesticidios y homofobia! Decimos: Ni Una Menos. Pamela, Roxana, Andrea y Lucía, ¡presentes!